

EN México no se enseña a escribir al joven literato. Quienes hemos andado entre la selva literaria sabemos cuántos años se pierden en la búsqueda afanosa, pero no pocas veces desorientada, de los medios de expresión. El Estado puede concurrir al encaminamiento de los jóvenes en el sendero de la creación, haciendo por la literatura lo que hace ya por las artes plásticas...

Estamos en casa de Rafael F. Muñoz. Su recia figura de norteño, habituado a las inclemencias de los llanos y a la abrupta geografía de sierras ásperas, no revela su edad: cincuenta y seis años. Nacido en Chihuahua, Chih., el primero de mayo de 1899, esta fecha obrera determina quizás desde la profundidad del subconsciente, su anhelo de acercarse al pueblo, de sentirlo y vivirlo, padeciéndolo, no com-padeciéndolo. Su obra, sin excepción, es un mensaje interpretativo, una aguda penetración en el drama del pueblo mexicano sacudido por la Revolución de 1910. Su fantasía no escapó de las lindes de la realidad ambiente. "Una fantasía que se fuga de la tierra —nos dice— es una mala fantasía." Su obra es tan fiel como es posible a la objetividad histórica, sin que el afán documental seque la abundosa vena lírica de sus narraciones y novelas.

Momentos antes habíamos iniciado esta entrevista. Rafael F. Muñoz nos recibió con expresión jovial y generosa hospitalidad. Habló con llaneza, con el calor de quien aprecia cabalmente la comunicación con el público lector. Sus primeras palabras fueron para expresar su interés por los jóvenes escritores.

El aprendizaje del escritor

—Muchos años pierde el escritor novel buscando su camino —nos dijo—. Con frecuencia son esos los mejores años, cuando abundan en su imaginación los asuntos. Carece, entonces, por desgracia, del oficio: no tiene una idea precisa de la construcción literaria y su estilo se extravía en los vericuetos de la moda, siempre falaz y que ha envejecido cuando el joven escritor aprende por fin a emplearlo. Ocurre, además, que el escritor alcanza el dominio de la expresión tardíamente, cuando la imaginación cesó de brindarle asuntos originales o valiosos por la visión peculiar que contienen. Por último, maduro el escritor, dueño de estilo y técnica adecuados, encuentra aún frente a sí los obstáculos de la falta de estímulos para cumplir su tarea literaria. ¡Cuánto más grandes son los obstáculos para el principiante!

Interrogamos al autor de *Antonio López de Santa Anna* sobre los medios que considera plausibles para ayudar a los nuevos escritores:

—El Estado debe hacer algo. No sé si la Secretaría de Educación o si la Universidad Nacional. El medio no es lo más importante. Importa mucho, en cambio, que el Estado se eduque respecto a la trascendencia de la obra literaria. Estando don Jaime Torres Bodet al frente de la Secretaría de Educación, me encargó del Departamento Editorial. Existía, entonces, un vehemente deseo de servir al pueblo y a los escritores nacionales. Don Jaime encargaba cuatro títulos nuevos cada mes a escritores mexicanos, quienes, como es lógico, recibían los honorarios

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO



...mirada alerta y penetrante...

RAFAEL F. MUÑOZ

Por Mario PUGA



...recia figura de norteño...

correspondientes por su obra. Así se formó la *Biblioteca Enciclopédica Popular* de la Secretaría de Educación Pública, cuyos ejemplares se vendían al público en veinticinco centavos, además de regalar semanalmente mil de los mismos entre los maestros rurales del país. Recuerdo que en cierta oportunidad un funcionario de

Hacienda se lamentaba de que la Secretaría de Educación sólo irrogaba gastos al Erario y ningún ingreso... —Rafael F. Muñoz sonríe, con un dejo de conmiseración en los labios—. ¡Imagínese! Con este criterio el funcionamiento de las escuelas habría sido una carga intolerable para el Estado.

Hace una pausa. Parece buscar una forma concreta para su pensamiento.

Orientación y ayuda

—No sé, tal vez el Estado pudiera crear cursillos en las Universidades, sobre la técnica de construcción de la obra literaria, particularmente en la novela. Usted habrá notado que nuestros novelistas, como en toda América Hispana, carecen de esta técnica de construcción. Por ejemplo, la buena distribución de la acción a lo largo de la obra; el tratamiento de los personajes; la distribución armoniosa y equilibrada de los materiales, dentro de capítulos coherentes que, sin abundar mucho en unos casos y ser magros y débiles en otros, lleven el asunto de la obra con un ritmo balanceado hasta su feliz culminación. Pues bien, esta técnica, el oficio mismo de escritor, es cosa que puede comunicarse a los jóvenes, sin que, por supuesto, sea posible prescribir recetas para resolver por adelantado los problemas de la creación literaria.

—¿Cree usted —le interrumpimos— que además de orientarlo en el aprendizaje de su arte, el Estado puede dar otra clase de ayuda al escritor?

—Está claro que sí. El Estado ayudó a don Mariano Azuela, ayuda actualmente a muchos más. Pero sólo lo hace con los que han triunfado en una u otra forma. ¿Por qué no se puede atender, aun modestamente, a las necesidades del joven escritor? No digo que le subvencione para que viva en la holganza. Basta a mi juicio, que le brinde los medios de contacto con el público, que el principiante encuentre un editor; que ante él pueda hallarse un grupo de escritores maduros y de capacidad reconocida, dispuestos a leer sus originales, discutirlos cordialmente con el joven autor, dándole consejos y haciéndole conocer peligros y extravíos, así como el modo de salvarlos...

Un poco escépticos, le miramos. —Su idea es generosa —le decimos— pero...

Se abre una pausa. Muñoz nos observa. Su mirada es alerta y penetrante. Su aspecto, sin embargo, no reviste mayor gravedad. Temimos haberle molestado, pero recobramos la confianza. Le preguntamos por sus simpatías literarias, ¿qué autores mexicanos estima más?

Don Mariano Azuela

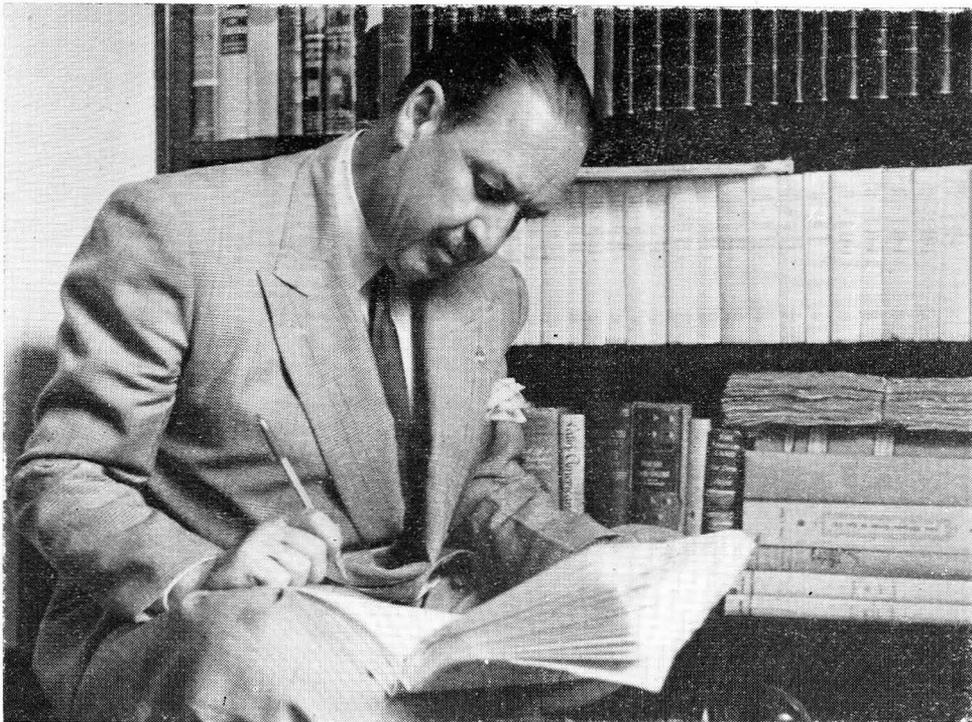
—No hablemos del pasado remoto. Me interesa el pasado inmediato y el presente, en cuanto conducen al futuro. Entre los escritores que produjeron después del estallido de la Revolución, me interesan tres principalmente: Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Gregorio López y Fuentes.

—Del primero, considero que su obra mejor es *Los de abajo*, que por ser más espontánea, aunque no la más gramatical en su escritura, refleja una realidad, par-

cial, con gran vivacidad. No crea, sin embargo, que *Los de abajo* sea una novela revolucionaria, como se ha dado en calificarla. Es, con más exactitud, una novela sobre la Revolución, pero fundamentalmente antirrevolucionaria. Don Mariano presentó una parte muy pequeña de lo que era la vida de los soldados de la Revolución. Retrató personajes bárbaros, en los que la crueldad y la rapiña son las notas características de su conducta. Pero estos personajes, que, es cierto, existieron y aun abundaron, son llevados por el novelista al primer plano, cuando en realidad fueron nada más auxiliares del gran movimiento popular que reclamó un nuevo orden de cosas. La manera como don Mariano presenta a los revolucionarios, deja en el ánimo del lector un fuerte sentimiento de desencanto, deprimidos sus impulsos generosos, en vez de exaltarlos. De aquí mi juicio anterior.

Observamos, entonces, que *Los de abajo* logró un éxito no igualado por otros autores de la época y que el mismo Azuela no produjo otras obras que la superasen en el favor público.

—Es natural que haya sido así. *Los de abajo* no tiene preocupaciones literarias.



... retrató personajes bárbaros ...

Su lenguaje es el del pueblo; el tratamiento de los personajes y de las situaciones es directo: es casi un reportaje rápido, emotivo, de los hechos que el autor quizá presencié y conoció por sí mismo. Pero contribuyó también a este éxito la oportunidad. La primera publicación de *Los de abajo*, como folletín de un diario de Texas, es de 1915. El éxito de la obra se fincó, pues, en cierta medida, en haberse difundido durante la lucha misma, cuando aún no existía otra literatura sobre la Revolución. Hizo labor de pionero de esta misma literatura e inauguró un tratamiento poco cuidado de los episodios de la lucha, en cuanto se refiere a la factura literaria, pero de evidente fuerza descriptiva y aguda observación psicológica. Estas dos son las cualidades más notables de don Mariano Azuela. Lo demuestra el hecho de que ninguna de sus obras posteriores logró la popularidad de la primera. Aunque en las últimas

don Mariano es más literato, ha perdido su libertad creadora y la fuerza de su observación directa, que hacen el encanto de *Los de abajo*. Creo que a ese decaimiento contribuyó el hecho de haberse convertido en una especie de funcionario del Estado, ya que éste le reconoció al nombrarlo miembro del Colegio Nacional, un emolumento a cambio del cual don Mariano debía continuar escribiendo, a razón de una novela cada determinado tiempo, tuviera o no asunto de primera clase.

Don Gregorio López y Fuentes

Rafael F. Muñoz habla con pasión. El timbre de su voz es cálido, se le enciende la mirada en un esfuerzo que transmite sus opiniones con la sincera efusión del escritor que ha dejado en media docena de libros un cuadro vívido del México revolucionario. Sus palabras son las mismas que retratan con realismo crítico singular, la compleja personalidad de don Antonio López de Santa Anna.

—De Gregorio López y Fuentes, a quien me une larga y profunda amistad,

millones de mexicanos que carecían —y aún carecen, en diversas medidas— de un mínimo de satisfacciones, derechos y bienes esenciales al hombre.

Don Martín Luis Guzmán

Le preguntamos qué lugar ocupa entre ellos, la obra de don Martín Luis Guzmán.

—*El águila y la serpiente* es lo mejor logrado por la novela revolucionaria de nuestro país. Martín Luis Guzmán ha sabido unir en ella la realidad de la pugna mexicana con el poder de creación de un novelista de fuste. Todo lo dice en buen español, con elegancia y sobriedad. Lo considero por esto el más literato de los novelistas de la Revolución. Al mismo tiempo que es muy mexicano por el asunto y la intención de su obra, resulta el más universal de nuestros novelistas.

Es indudable que Rafael Muñoz nos ha dado en estas opiniones gran parte de su modo personal de tratar los problemas literarios, y parte de la que es su técnica de escritor.

La Revolución y los escritores

—Cuando estalla el movimiento popular que dirige don Francisco I. Madero, los escritores mexicanos, a través de su actuación política, de su colaboración periodística y en otras actividades, toman partido en la lucha. Pero esto no se tradujo en obra literaria sino más tarde, entre los años 1915-1920. Podría decirse que en los primeros cinco años no tuvieron oportunidad para crear. Hubo un grupo de escritores ya maduros, que no podía entender a la Revolución, cuya obra floreció durante el porfiriismo y que permaneció ajeno al movimiento, o lo combatió en la política. Otro grupo, que tampoco podía entender a la Revolución, se refugió en la historia. Fueron los más jóvenes los que llegaron antes a la literatura revolucionaria. El escritor que influyó directamente en mi gusto literario fué Heriberto Frías, cuya novela *Tomó-chic* despertó en mis años de adolescente, ocupado ya en el periodismo, la ambición del novelista. Después de 1920 se desarrolló otra generación de escritores revolucionarios que produce sus mejores frutos en la década 1925-1935, y entre los cuales se cuentan Gregorio López y Fuentes, Celestino Herrera Frimont, Mauricio Magdaleno¹ y Martín Luis Guzmán, entre los más destacados.

La obra de Rafael F. Muñoz

Rafael F. Muñoz pertenece a dicha generación de escritores. La publicación de sus obras se inicia en 1923 con la biografía rápida de *Francisco Villa*, ahora objeto de una segunda edición. Le siguen, en 1928, una colección de cuentos, *El ferroz cabecilla*, que tiene por personajes a los generales de la famosa División del Norte que encabezara el Centauro. En 1930 aparece *El hombre malo*, historionando el ataque de Villa a Ciudad Juárez, Chih. Todas estas obras fueron inicialmente publicadas como cuentos o folletines en *El Universal* de México, D. F. y, posteriormente, recogidos en libros. Así nació su primera novela *¡Vámonos con Pancho Villa!*, publicada en Madrid en

desde los años en que colaboramos en *El Universal*, la obra que más estimo es *El indio*. Me une a él, nuestro común modo de ver a México y el mismo tratamiento de sus problemas. En López y Fuentes, sin embargo, es más intensa y visible su preocupación por lo social, que encuentra en esta obra su mejor realización. Siendo muy estimable y de sólida calidad su abundante producción posterior, para mi gusto es *El indio* la mejor novela lograda por este infatigable escritor revolucionario. Porque, a Gregorio López y Fuentes, como a Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno y otros, sí es propio calificarlos de novelistas revolucionarios. Ve él en la Revolución no sólo una grande y profunda crisis de la sociedad mexicana y la ruptura del estado de cosas que culminó con el régimen de don Porfirio Díaz, sino que descubre en esta lucha, la iniciación de una nueva sociedad reclamada con sangre y sacrificio por los

1932 y que se ha traducido al inglés (1933), al alemán (1935), al ruso (fragmentos), al holandés y al italiano (Milán, 1953), además de dos ediciones de Espasa-Calpe Argentina, en la colección Austral.

—¡*Vámonos con Pancho Villa!* nació de manera casi espontánea —nos dice—. Tenía el compromiso de entregar un cuento semanal a mi periódico. Inicié una serie a base de seis personajes que corren azares y penurias en los días de la Revolución. Ocurrió que a medida que avanzaba en el relato daba muerte uno a uno a estos personajes. Mas llegó el momento en que sólo quedaba el sexto compañero de la partida. Decidí salvarlo. Y con sus reflexiones sobre la Revolución compuse toda la segunda parte del *¡Vámonos con Pancho Villa!*

Le miramos intrigados. ¿Este procedimiento es acaso recomendable?, pensamos. Parece que no hubo plan de construcción. Rafael Muñoz, sin duda, advina nuestra preocupación y nos dice:

—Naturalmente, la novela carece de arquitectura satisfactoria. Es desigual; se inició como una serie de cuentos. Esto se ve claramente: observe usted que hay una parte, más de la mitad del texto, que es de acción; mientras que en la segunda, la acción es escasa y abunda en reflexiones. —Hace un breve silencio—. ¡Buena! Ahí está esa novela, ha tenido mucho éxito desde su primera publicación y aún ahora merece la demanda del público de varios países.

En 1938 recogió en otro volumen los cuentos y novelas cortas que tituló *Si me han de matar mañana...* La guerra civil española retrasó la publicación de su mejor novela de la Revolución, *Se llevaron el cañón para Bachimba*. El libro debió aparecer en 1936, cuando el asalto fascista contra la República, interrumpió la actividad de la casa Espasa-Calpe. La novela sólo pudo editarse en 1941, una vez trasladada la editorial a Buenos Aires. *Se llevaron el cañón para Bachimba* es una de las novelas mexicanas mejor construidas. La acción y la circunstancia son manejados por el autor con lucidez, organizándolos en unidades coherentes, completas en cada capítulo. El asunto fundamental, la actividad revolucionaria del general Marcos Ruiz, de las fuerzas del general Pascual Orozco, alzado contra don Francisco I. Madero, discurre sin interrupciones a lo largo de todas sus páginas.

La producción de Rafael F. Muñoz se completa con la biografía de *Don Antonio López de Santa Anna*, cuya primera edición data de 1937. En Santa Anna el autor ha logrado el equilibrio entre el apasionado examen de su personaje, desentrañando las motivaciones profundas de su conducta, y un deber de objetividad en el tratamiento del mismo. Es tan sustantivo este equilibrio que el lector se sorprende a cada paso con la riqueza del personaje, sus contradictorias decisiones, ora movidas por el oportunismo más bajo, ora por extraños y confusos impulsos patrióticos.

Realismo crítico

Observamos al autor que su actitud le afilia con la corriente del realismo crítico,

que tuvo entre sus buenos exponentes a Anatole France, Eça de Queiroz, Henri Barbusse y a la que pertenece la mayoría de los ahora clásicos novelistas rusos.

—No me interesa el encasillamiento del autor en escuela literaria alguna —replika con vehemencia, pero sin perder su cordialidad—; me interesa, en cambio, la fidelidad con que el autor exprese en la obra su propio contenido. No es improbable que otros me juzguen como un realista crítico, puesto que es verdadera mi



... ¡*Vámonos con Pancho Villa!* ...

preocupación por expresar en mi obra, aspectos de la realidad de nuestro México, procurando mantenerme siempre cerca de la evidencia histórica y social que son la fuente de mi producción. Esta orientación encontró apoyo en la lectura asidua de los grandes novelistas rusos, tanto los clásicos como los modernos. Conozco bien las obras de Archibachiev, Chéjov, Leónidas Leónov, Dostoyewsky, Kuprin, Bunin, Constantino Fédin, Béstlov, Averschenko, Gorki y Erehnburg.

Su cuento "El gran bebedor", uno de los mejor logrados de toda su obra, y de los mejores cuentos motivados por la Revolución, es una muestra interesante del realismo crítico de Rafael F. Muñoz. "El gran bebedor" recuerda por su estilo, la penetración del relato y el desenlace sorpresivo, a las mejores páginas de Averschenko.

El autor de *¡Vámonos con Pancho Villa!* se interesa en los problemas sociales. En diversas épocas de su vida actuó en política.

—Considero que el estado natural del hombre es la lucha. Combate y pugna contra sus semejantes por muchas cosas, grandes o pequeñas. El comerciante que abre una tienda frente a otra, con el propósito de hacerle competencia, está luchando; luchamos casi en cada acto de la vida diaria. La paz es una meta ideal,

que el hombre aún no ha alcanzado. En ese forcejeo incesante, se llega a veces a la sangre y a la muerte. Eso es la guerra y lo que se llama paz no es, por desgracia, sino un período de descanso entre dos guerras. El hombre no puede dejar de disputarle a sus semejantes cualquier cosa que éstos tengan y que aquél quiera para sí. Y las naciones son lo mismo que los hombres: codiciosas de los bienes del vecino.

Vemos que los muros de la estancia en que nos encontramos con Rafael F. Muñoz se cubren en la mitad inferior con anaqueles de libros, la superior semeja una gran panoplia en cuatro lienzos cubiertos de armas de todas clases, desde el antiguo arcabuz y el fusil de mecha, hasta las modernas pistolas; un centenar de estilos de cascos militares; espadas, sables y otras armas blancas; escudos y petos, etc.

El equilibrio inestable

—En esta lucha —prosigue Rafael F. Muñoz— el hombre busca un estado de equilibrio entre sus necesidades y sus satisfacciones, algo que equivale a producir tanto como se pueda consumir, poseer tantos medios como los que se puedan necesitar para el uso útil. Pero esta situación en que las necesidades se compensan por completo y todas se satisfacen es precaria y, si miramos retrospectivamente, en México no se la ha logrado en ningún momento. La ruptura del equilibrio social por la acumulación de insatisfacciones e injusticias se traduce en una revolución. Hemos pasado por la de 1910, que necesitó muchos años de batallar a caballo. No es difícil prever que será inevitable otra revolución cuando los desajustes que vivimos se hagan intolerables para la sociedad.

Como si hubiera previsto alguna objeción, agrega:

—Naturalmente, no será, la próxima, una revolución a caballo. La técnica de las revoluciones mejora con el progreso: picas contra La Bastilla; el 30-30 contra Porfirio Díaz, y en el futuro, ejércitos mecanizados o bombas atómicas.

En nuestros oídos se graba y persiste su frase: "la guerra es el estado natural del hombre". ¡Qué lejos estamos del pensamiento romántico del buen ginebrino Juan Jacobo Rousseau! Recordamos *La guerra y la paz* de Tolstoy, renunciando a la sociedad y sus bienes en beneficio del hombre natural, víctima del Estado. Sí, es evidente, Rafael F. Muñoz no es un apologista de la guerra. Su conciencia alerta y su apego a la realidad le llevan a aceptar los hechos en toda su crudeza, contra los cuales embiste su pensamiento, solidario con los padecimientos de su pueblo. Es bueno cerrar esta entrevista con las palabras que el general Marcos Ruiz dijo —en *Se llevaron el cañón para Bachimba*— al teniente Alvaro Abasolo, momentos antes de separarse, derrotados y perseguidos por los federales:

"No mires la guerra como una belleza, sino como un horror. Es el último extremo, el recurso que queda ante el fracaso de todos los otros, es la desesperación."